

EL CONTEMPORANEO.



Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 28; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Domingo 24 de Agosto de 1862.

PROVINCIALES.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviándolo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Extranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 503.

MADRID.

23 DE AGOSTO.

Algun gracioso que quiere divertirse con los ministeriales, ó algun ministerial que se quiere reír del ministerio, ha circulado una hojita volante de que nosotros no nos ocupáramos, sino se ocuparan los periódicos de la situación.

La *Epoca* casi la traslada á sus columnas con pelos y señales y dice, que en la tal hoja se cita para mañana domingo en el Prado, entre cinco y seis de la tarde, á todos los que quieran contribuir á una manifestación pacífica contra el gobierno.

Desde que los órganos del vicarvarismo vienen ponderándonos la vida pacífica que los ministeriales hacen en la Granja, se ha puesto en moda todo lo pacífico, y no es extraño que algun ocioso haya querido dar esa pacífica broma á la situación.

En fin, el asunto no vale la pena de que los ministeriales se incomoden, porque la mejor manifestación contra el gabinete, es la censura que todo el mundo le dirige al ver su desatinada marcha, y para eso no hay necesidad de reunirse en el Prado, ni en ninguna parte.

Para manifestaciones nos basta y nos sobra con lo manifestado por el emperador de los franceses en su último discurso.

Quien tiene que manifestar su opinión es el gobierno, porque en verdad, hasta ahora, es la única que no se conoce.

Sin embargo, algo se deduce de las noticias que insertan los periódicos ministeriales; pero lo que se deduce asombrará á nuestros lectores, pues nadie creía que después de los últimos sucesos, permanecieran las cosas en el mismo ser y estado que si nada hubiese acontecido.

Figúrense Vds. que, según dice *La Correspondencia*, el general Concha se halla tan contento en París, y el conde-duque tan satisfecho en la Granja, que si no fuera porque el príncipe imperial tiene ya el *Toison de oro*, creemos que le pondrían á S. M. hacerle este obsequio al emperador, en recompensa de su discurso y de sus buenas disposiciones para con el gobierno vicarvarista.

De todo lo que se sabe resulta que las comunicaciones del general Concha son muy favorables á la buena amistad entre España y Francia.

Las comunicaciones del general Concha se refieren, sin duda, al discurso de recepción, de manera que siendo cierta la noticia de los ministeriales, figúrense Vds. el efecto que el tal discurso le habrá producido al embajador.

¡Buena sería que el marqués de la Habana tomase el rábano por las hojas, y se creyera muy favorecido con la acogida que en París le han dispensado!

Pero las noticias vienen por tal conducto, que hay que dejarlas en cuarentena hasta que el tiempo y los sucesos las confirmen.

Lo mejor del caso es que *La Correspondencia* se ha convencido seguramente con las razones de *La Epoca*, y hace una especie de manifestación pacífica de todos sus errores, en distintos párrafos, que vale un imperio.

Ya no hay aquello de quemarse las manos, ni de protestar contra el discurso, ni de decir que el gabinete está descontento; la escena ha variado en veinticuatro horas, y hoy las relaciones entre los gobiernos son muy cordiales, y España no pondrá obstáculo alguno al imperio vecino, y otras noticias que valen un Perú en boca de *La Correspondencia*.

Seguramente el gobierno ha dirigido alguna pacífica manifestación á su órgano mas autorizado, y este, por no dar lugar á que la *Gaceta* le llame *papelucho*, como anunciaba *La Epoca*, entona en voz baja el yo pecador, y ofrece enmendarse.

Mas vale así, porque el vicarvarismo es aficionado á hacer pacíficamente todas sus cosas, mientras dirige los negocios públicos.

Queda, pues, resuelto, que *La Correspondencia* es un papel como cualquiera otro, que el gabinete está muy satisfecho del discurso consabido, que el general Concha se tragó la píldora sin hacer el menor gesto de disgusto, que nuestras relaciones con el vecino imperio son inmejorables, y que el país continúa elevándose á potencia de primer orden á pasos agigantados.

Dadas estas y otras circunstancias que nos rodean, nadie extrañará que el conde-duque procure divertirse en el real sitio, y que ofrezca banquetes á sus admiradores.

Lástima es que no haya estado en la Granja M. Barrot, porque de fijo no le hubiera sucedido con el conde-duque, á propósito del banquete, lo que le sucedió al general Concha con M. Thouvenel.

Pero esas son pequenezas de que no se deben ocupar los hombres grandes, y el general O'Donnell es muy alto para que lleguen á él los desaires que sufren los embajadores.

El Sr. Calderón le dijo al Sr. Pacheco que él tuvo la culpa de que lo despidiese Juárez de la república mejicana.

Si el Sr. Concha se viniera, regularmente le diría el conde-duque que él había tenido la culpa de que M. Thouvenel no le convidase.

Bien dice el refrán que el que no se consuela, es porque no quiere.

Para esto habíamos inevitablemente de intervenir en las cuestiones interiores de la república; porque no se manda una expedición con tropas de desembarco, ni se forma una alianza con dos grandes naciones, para apoyar simples reclamaciones diplomáticas. (*Diario Español* del 23 de agosto.)

Imposible parece que un periódico ministerial haya escrito las palabras que sirven de epigrafe á este artículo, porque no se puede dar fundamento mas sólido á los justos y severos cargos que por su inconsecuencia y sus contradicciones dirigen al ministerio la opinión pública y sus órganos independientes. Es indudable; para apoyar simples reclamaciones diplomáticas, no se envían contra una nación fuertes y numerosas escuadras; no se forman alianzas; no se mandan ejércitos, cuya cifra no bajaría entre todos los contingentes de veinticinco mil hombres, ni mucho menos se empieza apoderándose de una plaza fuerte, que si no costó numerosas víctimas, fué porque los que la poseían renunciaron á defenderla: en una palabra, para pedir indemnizaciones pecuniarias y para exigir el cumplimiento de los tratados, no se principia declarando la guerra, rompiendo las hostilidades del modo mas formal y decisivo.

Todas las argucias y todos los alardes de ingenio son inútiles para oscurecer el verdadero carácter que en un principio se dió á la expedición de Méjico. No solo lo revelan el espíritu y las palabras de todos los documentos relativos á esta cuestión, sino que los mismos hechos lo dieron á

conocer desde el primer momento. Las tres potencias estaban conformes en llevar á cabo una intervención colectiva en los asuntos de Méjico; pero con la circunstancia de que Francia y España habían de ser los ejecutores de esta idea, porque el gobierno inglés solo se mostró dispuesto á consentirla y autorizarla, declarando que solo contribuiría á las operaciones militares con algunos marineros armados, y eso mientras no llegase la estación calorosa, porque para Inglaterra, la cuestión que iba á ventilarse era solo de libras esterlinas, de chelines y de peniques; como manifestó en tiempo oportuno el *Morning-Post*, órgano de lord Palmerston en la prensa.

Sabido es que aun antes de que se firmase el tratado de Londres, nosotros los combatimos fundándonos en razones que no repetimos, porque ya las hemos manifestado muchas veces; mas por lo mismo que desde un principio nos colocamos en esta actitud, tenemos autoridad bastante para decir que los deseos y los planes del gobierno consistían en llevar á cabo una verdadera intervención en los asuntos interiores de la república mejicana; y si alguno hubiese dudado de nuestras palabras y apreciaciones, no habrá podido menos de convencerse de la razón que nos asistía viéndolas confirmadas de un modo tan explícito, nada menos que por uno de los órganos mas autorizados del gabinete.

Escusado parecerá que hagamos ahora un análisis de la conveniencia ó inconveniencia de la intervención. Nuestras doctrinas acerca de esta materia son ya conocidas del publico. Para nosotros el llamado principio de no-intervención, no es mas que una regla de conducta que debe observarse en circunstancias normales, porque sería una insensatez aplicarle invariablemente á todos los casos: así es, que si la ley suprema de la salud de un pueblo lo exige, debe intervenir en los asuntos de su vecino, que ya son suyos desde el momento en que le interesan en tan alto grado. Nadie pone en duda que cada particular tiene el derecho de hacer en su casa lo que le parezca, pero si se empeña en incendiarla, los que viven junto á ella en virtud de la ley de conservación, podrán oponerse por la fuerza á semejante insensato designio. Esto mismo pasa en los asuntos internacionales. Pero si se nos pregunta si han ocurrido tales circunstancias que justifiquen la intervención en Méjico, nosotros solo diremos que no tenemos datos para dar una opinión justa y fundada.

Mientras unos afirman que el estado interior de la república es intolerable, que no se respetan ni los bienes ni la vida de los estrangeros, que una facción anárquica y sanguinaria está apoderada del mando y dispuesta á vender á los Estados Unidos el territorio; otros dicen que lo que allí se nota no es mas que la fermentación propia de todo pueblo que pugna por constituirse; si lo primero es cierto, no cabe duda en que las naciones de Europa, principalmente España, que tiene allí millares de hijos, y lo que todavía vale mas, que debe defender la civilización que importó á aquellas regiones, está en el caso de intervenir en ese pueblo, librándolo de la destrucción que le amenaza; pero si la verdad está en lo segundo, entonces la intervención, cualquiera que sea el pretexto en que se funde, es una grande iniquidad.

Pero aunque fuese justa, necesaria y urgente la intervención, nunca aprobaríamos que se llevase á cabo por parte de España, si habían de ayudarle en su empresa otras naciones, porque

sus intereses son contrarios á los nuestros en aquel país, porque no pueden fundar sus pretensiones en los justos y elevadísimo títulos que nosotros tenemos, y porque como consecuencia natural de estas consideraciones, corramos el peligro de convertirnos en instrumentos de sus miras y de sus intereses particulares, todas estas circunstancias fueron parte para que nosotros combatiésemos la triple alianza, que pecaba además de un vicio de inconstitucionalidad que es sin duda la causa de todos los males que hoy se sienten.

Es seguro que si el gobierno hubiese sometido á las Cámaras, para su examen y aprobación, el proyecto de esa verdadera alianza ofensiva los representantes del país hubieran determinado claramente sus circunstancias, su objeto y sus límites, y no hubiesen sobrevenido los conflictos que ahora ocurren, y el ministerio hubiera tenido entonces toda la fuerza que dá para estas cosas el voto de la opinión pública. Recuérdese lo que se hizo al declarar la guerra á Marruecos; entonces se observaron las reglas del régimen constitucional, y el poder contó desde luego con un apoyo inquebrantable, que le ha falta lo en el caso presente, y que sin duda echará muy de menos.

Lo mas doloroso, lo mas triste de cuanto ocurre, es que, prescindiendo de las anteriores consideraciones, y de otras muchas que podrían hacerse, y que iremos presentando en otros artículos á nuestros lectores, porque esta cuestión es inagotable, los ministros, no solo se olvidaron desde los principios de este asunto de las reglas mas indispensables á que debe ajustarse su conducta todo gobierno constitucional, sino que faltos de la fuerza que les hubiese proporcionado su observancia, su proceder en este desdichado asunto, ha sido una serie de vacilaciones y de inconsecuencias.

Como sus mismos partidarios y defensores lo declaran, íbamos á ejercer en Méjico una verdadera intervención: este era el fin que se proponía el gabinete, y á realizarlo iban encaminados todos los medios, á que recurrió desde el principio, pero en virtud de una serie de acontecimientos que no es del caso recordar, las opiniones y las tendencias del gobierno variaron de tal manera, que en las últimas sesiones de la presente legislatura, y contestando á la interpelación del Sr. Olózaga, el señor ministro de Estado dijo, en nombre de sus colegas: *Nosotros no interendremos nunca directa ni indirectamente en los asuntos interiores de Méjico.*

Esta palmaria contradicción ha motivado las palabras del emperador, que tan honda impresión han causado á todos los españoles, porque constituyen una acusación que tienen merecida los ministros; pero que no puede tolerar una nación cuya honra ha sido siempre inmaculada. Nosotros nos resignáramos á sufrir todos los rigores que produjese una tiranía aun mas dura de la que ejercen los actuales gobernantes; pero no les perdonáramos nunca que nos hayan traído á unas circunstancias tan críticas como las presentes, en las cuales ni siquiera nos es posible protestar contra los agravios que se nos inferen. Si fuera cierto que las naciones no tienen mas gobierno que el que merecen, sería preciso renegar de España; pero bien claro se está viendo que en esta, como en otras muchas ocasiones, España tiene sobre el gobierno toda la altura de su dignidad.

El refrán que tienen ciertos periódicos ministe-

riales por defender sus opiniones relativas á la cuestión que hoy preocupa todos los ánimos, les produce una especie de alucinación, en virtud de la cual no entienden lo que los demás dicen.

Solo á esta causa, ó el no habernos explicado nosotros con la claridad que quisiéramos, debe atribuirse el fenómeno, que se va haciendo frecuente, de suponer en nuestras palabras una significación y unas intenciones que no están ni han estado nunca en nuestra mente. Considerando que todos usan la lealtad de que nosotros damos testimonio en nuestros escritos, no nos ocurre siquiera achacar lo que sucede á ciertas habilidades dialécticas, que no por usarse con frecuencia, son menos reprehensibles, porque empleándolas se imposibilitan ó se hacen estériles las discusiones.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que por estas causas nos vemos obligados á repetir muchas veces una misma cosa, esponiéndonos á abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Desde que conocimos el ya famoso é involuclable discurso del emperador, le juzgamos de una manera que podrá ser inexacta, pero que ha seguido y seguirá siendo idéntica.

Digimos entonces, y hemos repetido hasta la saciedad, que las palabras dirigidas al general Concha eran una ágría reconvencción, que desgraciadamente estaba justificada de antemano por las torpezas del gobierno. Son tanto mas graves los efectos de una ágría reconvencción, que desgraciadamente estaba justificada de antemano por las torpezas del gobierno. Son tanto mas graves los efectos de una ágría reconvencción, que desgraciadamente estaba justificada de antemano por las torpezas del gobierno. Son tanto mas graves los efectos de una ágría reconvencción, que desgraciadamente estaba justificada de antemano por las torpezas del gobierno.

Esta es y no otra nuestra opinión respecto al grave asunto que ha de ocuparnos todavía por mucho tiempo. No señalaremos las inconsecuencias y contradicciones á que aludimos, porque todo el mundo las conoce, porque las hemos demostrado palmariamente, y porque no hay mas que observar la barahunda de los periódicos ministeriales, proponiendo en la cual el remedio ó la actitud que cree conveniente en caso, pero todas incompatibles, por ser diariamente opuestas entre sí. Esta es la hora en que no se sabe si el gobierno insistirá en las opiniones que últimamente ha manifestado con tanta repetición y con tan gran solemnidad, ó si se juzgará otra vez los acontecimientos de Méjico. Si sucede lo primero, es indudable que se ahondará mas y mas el abismo que hoy existe entre ambos gabinetes.

Si sucede lo segundo, el gobierno español sufrirá una gran humillación que no puede menos de afectar á la nación misma. A tan deplorable estado nos han traído los que mandan. Y no es nuestro espíritu oposicionista el que nos inspira estas apreciaciones; se desprenden naturalmente de los hechos mismos, y no hemos querido ocultarlas á pesar de que nuestro interés como oposición, consiste en que sigan en el poder los que hoy lo ejercen, para que sufran las consecuencias de sus actos, que han de producir la mas terrible derrota moral que ha sufrido gobierno alguno; pero en esta, como en todas las ocasiones

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

DANIEL VLADY.

HISTORIA DE UN MÚSICO.

por

Camilo Selden.

CAPITULO PRIMERO.

El niño Daniel. En 1820, un hombre grueso, alto, colorado, charlatán y brutal, que se llamaba á sí mismo enfáticamente M. Vlady, se estableció en Wetzlach, antigua y reducida ciudad situada en los confines del territorio húngaro, casi en la frontera austriaca; compró una vieja y desmantelada casa en la calle de San Esteban, y se instaló en ella.

M. Vlady, que decía ser viudo, era una especie de Hércules, vestido invariablemente con una polonesa adornada con *brandebourgs*, forrada en invierno. Llevaba gruesas botas con espuelas, y parecía dispuesto siempre á desafiar al universo, procurando al mismo tiempo imitar las maneras de un honrado ciudadano que vive de sus rentas. Mas aquella apariencia quedaba destruida por sus costumbres. Pasaba los días y las noches en la taberna; echaba de narrador, entablaba discusiones políticas, insinuaba desde luego que sus opiniones eran avanzadas, y daba á entender que tenía motivos de queja contra el gobierno.

Los hombres prudentes desconfiaron de él; y las mujeres, encontrándole mal padre, compadecieron á su hijo.

Era este un niño muy raquítico para su edad, que no pasaba de los cinco años. Tenía el cabello rubio, y sin ser bonito, poseía la fisonomía mas encantadora, fina é inteligente, si bien la cubría un baño de tristeza. Las vecinas, ganadas por su linda cara, le acogieron perfectamente. En el calor de su cariño y de su imaginación alemana, llegaron hasta suponer que Daniel era un niño robado.

Al poco tiempo, encariñose Daniel de la casa del vecino; y esto no precisamente por las golosinas y las caricias. Aquel vecino era tambien viudo, pobre y de maneras poco amables; pero el buen hombre, guitarrero de oficio, tenia una hija de diez años ó poco menos, bondadosa, seria y callada. Ambos niños se

cobrarón grande afecto, y al poco tiempo fué casi imposible el separarlos.

La niña Aeuuchen, aunque muy pequeña, era una sábia para su edad, comparada con Daniel, del cual nadie se cuidara nunca; era casi una mujer. Ella le enseñó á leer, y le permitió presenciar las lecciones de música que le daba su padre.

Aquel permiso llenó al niño de alegría. En pie, al lado del piano, no perdía ni uno de los movimientos de la jévn, y la escuchaba, interin tocaba, con religiosa atención.

A veces, luego que Aeuuchen había terminado, ocupaba el sitio y hundía sus dedos sobre las teclas intentando imitar á aquella. Pero las teclas, pulsadas á diestro y siniestro, daban sonidos falsos. Entonces se aproximaba Aeuuchen, le asia los dedos, los colocaba suavemente sobre el teclado y los deslizaba á lo largo de éste. Daniel se reía; daba gritos de alegría y empezaba á golpear las teclas con toda su fuerza. Este estrepito atraía al guitarrero: —No tan fuerte! No tan fuerte, hijo mío! esclamaba: ¡este chico tiene los diablos en el cuerpo! Y llegará á ser un músico: á su edad hacia yo otro tanto.

Este buen hombre amaba la música con pasión, pero á fuer de verdadero fanático, estaba lleno de preocupaciones contra los maestros modernos. Su idolo era Bach; llamaba corruptores á los demás, y el mismo Beethoven se le libraba difícilmente de sus anatemas. Cualquiera comprende que con semejantes principios no habia progresado mucho el maestro Gottlieb. Nunca habia sacrificado la mas insignificante de sus ideas: siempre habia hablado en alta voz y llamado charlatanes á los charlatanes. Esto puede sorprender, pero en Alemania y en provincia, en un país donde se conservan las costumbres y los gustos antiguos, encuéntrase aun personas que se aficionan y mueren mártires de la mineralogía y del contrapunto.

Como su profesion no le producía lo necesario para subsistir él y su hija, decidióse á dar lecciones de música; y los discípulos acudieron, pues era un buen músico, mas no supo conservar ni uno de ellos; y no porque fuese mal profesor, al contrario. Tenia la ridicula manía de querer que adelantasen, y esto les disgustaba. Encontrábanle difícil, regañon, raro; y como en poco tiempo aburre un maestro tan absurdo, le abandonaban.

El señor Gottlieb se vió obligado á buscar otra cosa y solo encontró una plaza de violon en la orquesta del teatro.

Para un hombre tan rígido como él era un verdadero sacrificio el haber de tocar todas las noches musica moderna; pero se resignaba á ello por su hija. Sufría en secreto, y esto agrabiaba su carácter. Volvióse tético, huron, casi brutal. Algunas noches sentía deseos de ahorcarse. «He hecho traición á mi maestro; decía mirando dolorosamente el retrato de Bach; le he vendido por algunas miserables monedas de plata!»

Entonces fijaba la mirada en su hija, que estaba sentada sobre un taburete delante de la ventana. Su semblante, iluminado por el postrer resplandor del día, blanqueaba en un fondo oscuro; leía, y merced al crepusculo, sus cabellos flotaban á su alrededor como una niebla de oro.

El pobre padre suspiraba. Miraba su reloj, descolgaba su cascaca, acepillábale las raidas mangas, y tomaba su violon; al llegar al dintel de la puerta volvíase, y antes de salir, echaba á su hija una última mirada.

Una docena de lecciones llevaba dadas al niño Daniel, cuando un día vió atravesar sus umbrales á M. Vlady, alegre el semblante y con los ademanes del hombre que va á desahogar su corazón. M. Vlady, le dió un cordial apretón de manos, le dió golpes en el vientre, le llamó vecino, amigo querido y hábil artista, hablando con la mayor volubilidad para no ser interrumpido.

—¡Hola, hola, camarada! Es V. un hombre astuto y diestro. V. entiende los asuntos, vé las cosas desde lejos, y sabe especular. Apuesto á que ha frecuentado V. algun tiempo los corredores de la Bolsa de Francfort. ¿No? ¿V. no? Pues sería su hermano, su tío ó su abuelo, que han debido ser judíos, ó prestamistas por semanas, ó proveedores del emperador. ¡Yo le he oido á V. Yo he olfateado su jeugo. V. ha pensado en el primer concierto, en cuyo cartel apareza el nombre de Daniel Vlady, discípulo del maestro Gottlieb. No hay que enojarse por eso; yo tambien he pensado en ello. Se ganará una buena cantidad... y la ganaremos, amigo mío. Pero V. tiene prisa; V. mira por sus asuntos y quiere dinero adelantado. Pero eso no es modo de comerciar; hay que esperar la cuenta de ganancias y pérdidas. Además,

yo no estoy en fondos: con que, ¡qué diablos! haga V. lo que yo: esperemos, que no perderá V. por esperar. Daniel es un picarillo, que saldrá airoso de la prueba. Tenemos en él una buena vaca de leche; pero hay que esperar á que esté en disposición de ordeñarla; yo me reservo una teta; la otra será para V., y entonces podremos sacar manteca. La musica es una buena cosa... ¡Ya verá V. ¡Ya verá V.!

Daniel remozará y honrará á Bach, empujado hoy como un violon sin cuerdas. En cuanto á los productos, confíe V. en mí; yo sé apreciar tales servicios, y siempre he pagado religiosamente mis deudas; ¡los mozos del café conocen mi carácter; interróguelos V.!

Gottlieb advinó que M. Vlady, que salía del café, según lo indicaba el olor que despedía, iba á estender largamente acerca de su carácter, y le contestó gravemente:

—Si, señor, conozco su carácter.

Luego le asió por un brazo, y le condujo hacia la puerta, diciéndole:

—Tranquilese V.; Daniel no tendrá que pagarme nada; ni aun los vasos de agua que beba en mi casa.

Dicho esto separóse rápidamente de M. Vlady, y regresó á su casa lleno de disgusto por haber tenido que darle el brazo.

El Sr. Gottlieb quería á Daniel; pero en cambio le atormentaba mucho. Los alemanes, que pasan por tan buenos, y lo son bastante, aparecen medianamente despatas en el comercio de la vida. Consiste esto en que son primitivos, no muy políticos, y menos dóciles á las concesiones y á las complacencias de la sociedad de sus vecinos. Los padres con sus hijos y los maestros con sus discípulos son dogmáticos, imperiosos, y en caso preciso, los mas fieros esposos rebajan á sus mujeres á desempeñar las funciones de criada.

El Sr. Gottlieb se convertía en tirano, en cuanto se trataba del arte: así es que el primer año lo fué para Daniel de verdadero suplicio. Tratado con rudeza por su maestro, y hostigado por su padre, que pretendía verle convertirse de repente en un gran músico, era horriblemente desgraciado. A veces pensaba en huir; pero Aeuuchen le retenía. Encontraba maravillosos los progresos que hacia David, y se regocijaba (cosa increíble entre nosotros) de verse ade-

lantado por él. Encontraba á su padre injusto, y aumentaba su cariño á Daniel.

Este, aunque reconvenido frecuentemente no se incomodaba con su maestro Gottlieb, pues conocía que era bueno y desinteresado. Sufría en silencio sus reprimendas, y procuraba adelantarse. Con su padre se conducía de una manera diferente: permanecía frío y silencioso, y le obedecía mas bien por temor que por respeto. En el fondo, el maestro Gottlieb estaba muy satisfecho de su discípulo: encantábase su docilidad; hablaba en él grandes disposiciones para la musica; y le consolaba de no ser un gran profesor con la idea de que Daniel llegaría á serlo. El niño, que comprendía con facilidad, tocaba medianamente el piano á los dos años. Leía bien, y sabia de memoria las fugas de Alendel. Aunque las tocaba sin disgusto, habria preferido un libro con estampas.

Todos los años, el día del aniversario del fallecimiento de Bach, obséquiabase el maestro Gottlieb con un concierto. Al escribirse en el teatro, se habia reservado el derecho de no asistir á aquel día. Por la noche, después de comer, se encerraba en su casa, y como día extraordinario, encendían la lámpara y la colocaban debajo del retrato del gran Sebastian.

Todos guardaban silencio; Aeuuchen tomaba su labor, y el Sr. Gottlieb, sumergido en su sillón, quedábase meditabundo aspirando las últimas bocanadas de humo de su pipa.

En seguida salía del aposento, y regresaba cargado con una pila de libros, que no era otra cosa que la colección de las obras de Bach. Poníase á tocar, y las horas se deslizaban para él rapidas como minutos.

A aquellas solemnidades no era admitido nadie mas que Daniel; y sin embargo, esta distinción apenas le conmovia. Respetaba á Bach, pero no le respetaba como se respetaba al emperador de la China. Acordábase mucho de su aniversario, mas solo porque ese día le era permitido mirar estampas en compañía de Aeuuchen y comer de una cierta, torta en cuya confección entraban almendras picadas y pasas de Corinto.

Desde que empezara á recibir lecciones, eran ya tres cosas singulares! Daniel miraba distraído las estampas. Su maestro tocaba en el interin la quinta fuga, tan hermosa y que tanto se asemeja á un preludio de órgano. (Se continuará.)

